

La hermenéutica filosófica de Gadamer

LUIS ARMANDO
AGUILAR*

Hans Georg Gadamer (1900-2002) es considerado el padre de la hermenéutica filosófica contemporánea. La hermenéutica o arte de la interpretación es antiquísima, se remonta a los orígenes de la escritura y a la necesidad de encontrar el sentido de los textos. La obra del teólogo alemán Friedrich Daniel Ernst Schleiermacher marca un giro decisivo en la historia de la hermenéutica. Hasta antes de él se conocían hermenéuticas específicas de las disciplinas dedicadas a interpretar los textos legales, literarios o religiosos. Schleiermacher propuso la sistematización de la hermenéutica general como arte del comprender mismo, que sirviera de base a las teorías y metodologías para la interpretación de textos. Gadamer se propuso desarrollar una nueva teoría de la experiencia hermenéutica en toda su extensión, recogiendo los hallazgos de Schleiermacher y otros pensadores, como Wilhelm Dilthey y Martin Heidegger.¹

La hermenéutica filosófica es el arte del entendimiento² que consiste en reconocer como principio supremo el dejar abierto el diálogo.³ Se orienta a la comprensión, que consiste ante todo en que uno puede considerar y reconsiderar lo que piensa su interlocutor, aunque no esté de acuerdo con él o ella. Es un saber peculiar: lo mucho que queda por decir cuando algo se dice.⁴ La culminación sería llegar a ponerse de acuerdo.⁵ Gadamer insistió en que la peculiaridad de la hermenéutica filosófica que él se esforzó en desarrollar radica en poner de relieve el carácter fundamentalmente móvil de la existencia, que es lo que constituye el

carácter específico y finito del ser humano y abarca la totalidad de la experiencia humana.⁶ La movilidad a la que se refiere remite a las formas siempre provisionales de la comprensión. La insistencia en la finitud de la existencia y, por tanto, de la comprensión, pretende subrayar el alcance de todo conocimiento, en claro contraste con la pretensión de tener un conocimiento objetivo como el que persiguen las ciencias, como si fuera posible asentar su carácter definitivo por el mero recurso del método y, lo que es más importante, como si de ese modo fuera posible que el ser humano lograra una comprensión definitiva de sí mismo. Hay que contar con la posibilidad de que exista desacuerdo y, a partir de él, retomar la conversación una y otra vez.

La pretensión de Gadamer es integrar el progreso de la ciencia y el del pensamiento en una concepción unitaria de la experiencia del mundo que se fundamenta en un lenguaje común. Su intención se orienta a comprender las condiciones de la solidaridad humana. Su punto de partida es la experiencia de la finitud de la comprensión, que se desprende del ser humano. La insistencia en el método no nos lleva a la verdad. La filosofía es más que saber verdades. Al tratar de establecer los límites de la ciencia y de sus pretensiones de objetividad, la hermenéutica como experiencia deja abierta la puerta a una manifestación del ser, por encima de los límites evidentes del contexto inmediato. Aquí se evidencia hasta qué punto Gadamer hizo suya la tesis heideggeriana que afir-

** Doctor en Filosofía por la Escuela Superior de Filosofía de Múnich. Autor de los libros "En el límite del universo. La visión cosmológica de Stephen Hawking" (1993) y de "El derecho al desarrollo" (1999). Profesor-investigador del doctorado de Filosofía de la Educación del ITESO.*



ma que “el lenguaje es la casa del ser”. Pero para comprender hay que comenzar por reconocer que lo dicho en una conversación no es lo decisivo. Lo que hace que lo dicho se convierta en palabra es lo no dicho que en lo dicho podemos captar. Hablar es buscar la palabra. Encontrarla es rebasar un límite. Quien de verdad quiere hablarle a alguien, comunicarse, busca la palabra adecuada, porque cree que lo que no logra decirse está por encima de los límites de lo finito; precisamente porque no se consigue, comienza a resonar en el otro.⁷

Gadamer llega a hablar de la necesidad de aprender la “virtud hermenéutica”: la exigencia de, ante todo, comprender al otro. El sujeto está en relación consigo mismo, se autopoese, no de manera estática sino a través de un continuo proceso de relación con el otro y con su mundo. La hermenéutica conlleva una exigencia moral: llegar al otro a través de la palabra y del *esfuerzo del concepto* (Hegel). Para eso es necesario el olvido de sí mismo, lo que según Gadamer constituye una de

las grandes bendiciones del arte y una de las grandes promesas de la religión.⁸ El arte es la promesa de que sus obras pueden abrirse camino en medio del mundo de nuestros prejuicios con tal fuerza que nos permite un acceso casi directo a la experiencia de la comprensión. Junto con la religión, nos conduce a relativizar nuestra propia posición individual, nuestros prejuicios, deseos y puntos de vista, y nos lleva a un *exitus*, a una salida de nosotros para dejar que lo otro se abra camino en nosotros. En estas condiciones es posible que nos planteemos las grandes preguntas metafísicas, de modo que nuestra comprensión del mundo no se reduzca al que nos ofrece el conocimiento científico ni el curso de la técnica.⁹

Acceder a la propia morada

En una charla que sostuvo a los cien años de edad,¹⁰ Gadamer reiteró el temor que lo acompañó a lo largo de toda su vida: la posibilidad de que la es-

pecialización y todo lo que significa vivir en un mundo tecnificado —los peligros de los medios masivos para la cultura de la comunicación, el funcionamiento masivo de las universidades, la ética del rendimiento, el optimismo del progreso— impidan el aprendizaje, que sería la derrota del verdadero diálogo y de la capacidad de comprensión. Esto equivale a la imposibilidad de que el ser humano llegue a estar en casa o “acceda a su morada”, es decir, su *ethos*, término que Gadamer utiliza en el sentido que le atribuían los antiguos griegos: las viviendas, el sedentarismo y cualquier lugar en un marco de convivencia ordenada.¹¹

La morada del mundo es el mundo tecnificado y dominado por la informática, que tiende a uniformarlo todo. Para contrarrestar esta tendencia, Gadamer considera necesario cultivar el lenguaje en sus posibilidades más propias: encontrar la palabra precisa, pero también el silencio elocuente. Estar presente en el diálogo es lo más opuesto a la rutina del diálogo polémico, la disputa, la reacción que busca contradicciones o inconsistencias lógicas, el lenguaje periodístico que se reduce a un simple trabajo informativo, etcétera.

Además, es necesario defender el diálogo en su posibilidad interna de verdad, particularmente contra la sumisión a las reglas de la lógica aparente de la sofística. Cabe preguntarse si a esta actitud subyace un rechazo del mundo moderno. En Gadamer encontramos una actitud ambivalente. Por una parte, la plena afirmación de la historia, sus tradiciones, los logros culturales y particularmente las obras de arte; por otra, un cierto pesimismo asociado a lo que el mundo ha llegado a ser en la era de la técnica. En toda su obra muestra temor frente al peligro de absolutización de la ciencia, a que se depositen en ella expectativas desmedidas respecto de sus posibilidades. Esta tendencia sólo podría contrarrestarse gracias a las promesas de las religiones, a la vigencia permanente de las preguntas metafísicas y a la fuerza con que se abren camino las obras de arte, que son como las fuentes de las que se nutre el clima básico para la convivencia y la conversación.

El mundo es morada porque, a pesar de los riesgos que encierra, “estamos en conversación”, en búsqueda de aquello que intentamos expresar

por encima de todas las palabras encontradas o buscadas. Ahí reside la esencia del comprender y de la comunicación¹² cuya forma más acabada se da en la amistad. “Lo que hace que algo sea una conversación es el hecho de que encontremos en otro algo que no habíamos encontrado en nuestra experiencia del mundo. La conversación posee una fuerza transformadora afín a la de la amistad”.¹³

Conversación, límite y esperanza

La conversación y el entendimiento son indispensables. Pero son sólo un paso. El vínculo social es mucho más fuerte que el vínculo dialógico, que corre el riesgo de quedarse en el orden puramente intelectual. Los vínculos humanos son preverbiales y abarcan la realidad más honda de las personas. La actitud hermenéutica es del todo necesaria, pero resulta insuficiente para hacer de este mundo una verdadera morada en la que haya lugar para todos.

Gadamer constató los límites de toda comprensión, cuyo origen último se encuentra en la limitación del ser humano. El hombre es como una palabra a medias, un balbuceo que sólo se completa y se vuelve inteligible con el otro y por el otro. Por la escucha recíproca y la conciencia de que aun la comprensión más lograda tiene algo de provisional, una reserva de silencio en espera de una mejor comprensión, lo propio del hombre queda abierto a un horizonte de esperanza. Como la obra de arte, la verdad que se da y se comunica en el diálogo es inagotable. De ahí su carácter de promesa. Esa es la fuente de la esperanza de que el ser humano no se reduzca a una especie de diálogo trunco. El esfuerzo por salir de sí hacia el otro, concediendo que quizá sea él quien tenga la razón, abre el horizonte esperanzado de un diálogo en el que siempre está presente la palabra y la presencia de los otros, aun de quienes nos precedieron y de aquellos que se pretende excluir de la conversación. Al conversar el ser humano trasciende su límite, se hace diálogo, se vuelve capaz de esperar comprender más, comunicar más.

Educarse y formarse en la era de la técnica es aprender sus verdaderos alcances, así como sus límites. Esta es una tarea difícil que supone una

actitud positiva, esperanzada, confiada en la capacidad del ser humano para producir lo que necesita y reorientar sus capacidades y logros. El mundo no tiene un destino determinado por la técnica. No es el ser lo que se ha olvidado. Lo que hay que recordar es lo humano, y los riesgos de deshumanizar. Educarse en la escucha, la acogida del otro, la colaboración, la comprensión y la transformación del mundo, en el sentido de que responda a los anhelos más profundos de las grandes mayorías, a sus capacidades de invención y de creación. La solidaridad es el presupuesto básico para la creación de convicciones comunes. Para que puedan existir la comprensión, la solidaridad y la unidad entre los hombres es necesario escuchar. Esos son los fines que Gadamer asigna a la educación. Haber insistido en ello es parte de su rica herencia.

Notas

1. Maceiras Fafián, Manuel y Julio, Trebolle Barrera. *La hermenéutica contemporánea*, Cincel, Bogotá, 1990, p.23.
2. Cfr. Gadamer, Hans Georg. *Verdad y método*, vol. II, Sígueme, Salamanca, 1992, p.243.
— *La dialéctica de Hegel* (1980 2ª), Cátedra, Madrid.
3. Cfr. Grondin, Jean (comp.). *Gadamer Lesebuch*, Mohr Siebeck, Tübingen, 1997, p.27.
4. “*Dialogisches Gespräch*”. En Grondin, Jean (comp.), *op. cit.*, p.186.
5. Cfr. Gadamer, Hans Georg. *Vom Wort zum Begriff*. En Grondin, Jean. *Op. cit.*, p.107.
6. Cfr. Gadamer, Hans Georg. *Verdad y método*, vol. I, 6ª. Ed. Sígueme, Salamanca, 1996, p.12.
7. Cfr. Gadamer, Hans Georg. *Poema y diálogo*, Gedisa, Barcelona, 1993, p.12.
8. Gadamer, Hans Georg. “*Vom Wort zum Begriff*”, en Grondin, Jean. *Op. cit.*, p.110, *cfr.* núm.29.
9. Mauricio Beuchot ha mostrado el modo en que Gadamer defiende la posibilidad de la metafísica como ontología fundamental: “Gadamer cree que, a través del lenguaje, pero en su forma de conversación, puede recuperarse la posibilidad de hacer metafísica, de oír la voz del ser, pero en el murmu-

llo del lenguaje mismo”. Cfr. Beuchot, Mauricio. “La búsqueda de la ontología en Gadamer”, en *Intersticios*, publicación semestral de la Escuela de Filosofía de la Universidad Intercontinental, año 6, núms. 14 y 15, 2001, p.39. La metafísica consiste en la pregunta por las cosas. Esta caracterización me parece pobre. Creo que sería necesario mostrar que también tiene un aspecto afirmativo, de respuesta, que es lo que ha intentado el mismo Beuchot. Cfr. Beuchot, Mauricio. *Las caras del símbolo: el ícono y el símbolo*, Caparrós, Madrid, 1999, pp.7371.

10. Cfr. Gadamer, Hans Georg. *Educación es educarse*, Paidós, Barcelona, 2000.
11. Gadamer, Hans Georg. *La herencia europea*, Península, Barcelona, 2000b, p.117. Gadamer recuerda que el *ethos* es lo que le da valor al logos, a la lógica. “*Ethos*, no es, sin embargo, nada alto y sublime, sino el “ser creado” que uno es y que no puede hacer, aunque haya sido el propio hacer, dejar u omitir lo que le ha hecho a uno como es”. Cfr. *Ibidem*, p.153.
12. Cfr. Gadamer, Hans Georg. *El giro hermenéutico*, Cátedra, Madrid, 1998, p.59.
13. Cfr. Gadamer, Hans Georg. *Verdad y método*, *op. cit.*, p.209.

Bibliografía

- Beuchot, Mauricio “La búsqueda de la ontología en Gadamer” en *Intersticios*, Número Especial, Publicación Semestral de la Escuela de Filosofía de la Universidad Intercontinental, Año 6/núms. 14 y 15/ 2001, p. 39.
- *Las caras del símbolo: el ícono y el símbolo* (1999). Caparrós, Madrid, pp. 43-71.
- Clreary, John y Pádraig Hogan “The reciprocal character of Self-Education” en *Journal of Philosophy of Education*, vol.35, núm.4, Blackwell, Oxford, 2001.
- Kosellek, Reinhart y Hans Georg Gadamer. *Historia y lenguaje: una respuesta*, Paidós, Barcelona, 1997.
- Jalón, Mauricio y Fernando Colina. *Pasado y presente, Diálogos*, Cuadro, Madrid, 1996.